

No. 3 - Junio - 1957



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO IV

¡TE ENCUENTRO SEÑOR!

¡Te encuentro Señor!
en todo lo creado,
en el amor de mi madre,
en el pan,
en la flor y en el agua,
en el cielo estrellado,
en el sol,
y en el trinar de los pájaros,

Anónimo



Revista Infantil Nacional
FAROLITO

Directora:
EVANGELINA GAMBOA

Administración:
**GUILLERMO SOLERA R.
ONDINA PERAZA**

San José — Costa Rica

Sumario:

¡Te encuentro Señor!	1
¡Agua San Marcos!	2
Los cisnes salvajes	3
El niño que quiere ser marinero	9
El gallo y la gallina	11
Los Chupaflores	13
Página de los Niños	16

JUNIO 1957
NUMERO 3

Maderas: Francisco Amighetti.
Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

VALE:
₡ 0.20

¡AGUA SAN MARCOS!

¡Agua San Marcos
¡Señor de los charcos!
para mi triguito
que está muy bonito;
para mi cebada,
que ya está granada,
para mi melón,
que ya está en botón;
para mi sandía,
que ya está florida;
para mi aceituna
que ya tiene una.

Popular



LOS CISNES SALVAJES

Muy lejos de aquí, en el país al cual emigran las golondrinas cuando aquí llega el invierno, vivía un rey que tenía once hijos varones y una hija llamada Elisa. Los once príncipes, iban a la escuela con una gran decoración en el pecho y el sable al costado. Escribían con lápices de diamantes sobre láminas de oro y sabían recitar de memoria en forma perfecta; todo en ello revelaba su condición de príncipes.

Su hermanita Elisa, sentada sobre un banquito de cristal, se distraía hojeando un libro de grabados cuyo valor era igual a la mitad del reino.

Sí; estos niños eran muy felices, pero su felicidad no debía durar siempre.

Su padre, que era rey del país, contrajo segundas nupcias con una reina muy mala, que no quería para nada a los niños. Desde el primer día éstos pudieron darse cuenta. Daban una fiesta en el castillo; los niños estaban jugando y había muchos invitados, pero en lugar de darles, como es costumbre, tortas y manzanas asadas, les hizo servir arena en una taza de té, diciéndoles que podían hacer de cuenta que aquello era un manjar.

A la semana siguiente mandó a la pequeña Elisa al campo, a casa de unos paisanos, y algún tiempo después dijo al rey tantas cosas feas acerca de los pobres príncipes, que éste no se preocupó más de ellos.

—Váyanse por el mundo y arréglense solos— les dijo la malvada reina—. Váyanse como grandes pájaros sin voz.

Pero no pudo hacerles todo el daño que hubiera querido, porque los príncipes se transformaron en once maravillosos cisnes salvajes que lanzando un extraño grito se fueron volando por encima del castillo y del bosque.

A la mañana siguiente pasaron delante de la casa donde su hermanita Elisa estaba acostada, durmiendo, en la habitación del campesino. Volando sobre el techo, extendieron su largo cuello y batieron las alas. Pero nadie oyó ni vio nada. Luego volvieron hacia las nubes y se fueron volando por el mundo, sin detenerse hasta llegar a un gran bosque que limitaba con el mar.

La pequeña Elisa, jugaba con una hoja verde porque no tenía otro juguete. Le hizo un agujero y miró a través de él hacia el sol. Le pareció ver en la lejanía los ojos brillantes de sus hermanos, y cada vez que sentía sobre sus mejillas los rayos del sol resplandecientes le parecía que aquellos la cubrían de besos.

Así pasaban los días. Si el viento agitaba los grandes setos de rosas plantados delante de la casa, les preguntaba:

—¿Qué hay en el mundo más lindo que ustedes?

—La pequeña Elisa.

Los domingos, cuando la anciana de la casa leía en su libro de oraciones sentada delante de la puerta, la niña preguntaba al libro:

—¿Quién podrá ser más piadoso que tú?

Y el libro de oraciones contestaba:

—La pequeña Elisa.

Y también él como las rosas decía la verdad.

Quando cumplió quince años, Elisa volvió al castillo. La reina, al ver su gran belleza, se puso furiosa y sintió hacia ella un odio terrible. Hubiera querido transformarla en un cisne como a sus hermanos; pero no se atrevía a hacerlo porque el rey tenía muchos deseos de ver a su hija.

A la mañana siguiente la reina fue al cuarto de baño, construido con mármoles y adornado con blandos almohadones y magníficas alfombras. Allí tomó tres sapos, los besó y luego dijo al primero:

—Tú te colocarás en la cabeza de Elisa cuando venga a bañarse, para que se vuelva tan tonta como tú. Tú—le dijo al otro— te colocarás sobre su frente, para que se ponga tan fea como tú y su padre no la reconozca. Y tú— le murmuró al tercero—, te colocarás sobre su corazón y la harás tan mala que siempre tenga que sufrir.

Y tiró los sapos en el agua clara, la que inmeditamente se puso de color verde. Llamó a Elisa, la desvistió y la hizo entrar en el agua.

En seguida uno de los sapos se le colocó entre los cabellos, el otro sobre la frente y el tercero en el corazón: pero Elisa pareció no darse cuenta. Cuando salió del baño, tres flores rojas de adormidera aparecieron flotando en el agua. Si los batracios no hubieran sido besados por la bruja, se habrían transformado en tres espléndidas rosas. Se trocaron en flores al contacto con la frente, la cabeza y el corazón de la jovencita, porque ella era demasiado piadosa y demasiado inocente para que la magia pudiera ejercer influencia alguna sobre ella.

La malvada reina, viendo que sus maleficios no surtían efecto, se puso entonces a frotar a la jovencita con jugo de nueces, el cual le tiñó la piel de negro. Después cubrió su lindo rostro con un unguento mal oliente y le desordenó los lindos cabellos, de suerte que era imposible reconocerla.

De modo que su padre se asustó al verla y declaró que esa no podía ser su hija. No hubo nadie que la reconociera, fuera del perro de guardia y de las golondrinas, pero ¿qué podían decir ellas en su favor?

Entonces Elisa lloró y recordó a sus once hermanos, todos ausentes. Profundamente apenada escapó del castillo, atravesó campos y pantanos y penetró en un gran bosque. No sabía adónde ir; su único deseo era encontrar a sus hermanos, quienes sin duda habían sido, como ella, abandonados en el mundo.

Pronto llegó la noche. La joven se hallaba perdida; agotada de cansancio se acostó sobre el blando césped, rezó sus oraciones de la noche y apoyó la cabeza sobre un tronco de árbol. Por doquier reinaba un profundo silencio; el aire era suave e innumerables luciérnagas relucían en el césped como pequeños fuegos verdes. Tocó con una mano una rama y estos pequeños insectos luminosos la cubrieron como una lluvia de estrellas fugaces. Toda la noche Elisa soñó con sus hermanos, viéndolos jugar como cuando eran niños, escribir con sus lápices de diamantes sobre las láminas de oro y hojear el magnífico libro de grabados cuyo precio era igual al de la mitad del reino. Pero en lugar de trazar, como antes, ceros y palitos, ahora escribían sobre las denodadas empresas en que sobresalieron y sobre las cosas que vieron y los lugares que conocieron. En el libro de grabados todo estaba animado: los pájaros cantaban y los personajes se movían para ir a conversar con Elisa y sus hermanos. Pero apenas ella volvía la hoja, cada uno de ellos ocupaba inmediatamente su lugar, para que no hubiese confusión en las imágenes.

Al despertar, Elisa notó que el sol se había levantado hacía mucho tiempo, aunque no podía verlo porque grandes árboles extendían sus ramas sobre su cabeza. Pero los rayos penetraban a través del follaje semejando gasas de oro arrastradas por el viento. Las plantas expandían un perfume delicioso y las avcillas venían a posarse sobre los hombros de la jovencita.

Escuchó el murmullo del agua que brotaba de varios manantiales y se encontró hasta un lago cuyo fondo era de arena finísima. Por un sendero llegó hasta él, y su agua era tan transparente que si el viento no agitara ramas y zarzas hubiera creído que estaban pintadas en el fondo.

Cuando vio su rostro tan feo y tan negro, retrocedió espantada; pero después de que lavó su cara, la blancura de su tez reapareció de inmediato. Entonces quitóse la ropa y se bañó en el lago de frescas aguas. Jamás hija de un rey fue más hermosa que ella.

Después de haberse vestido y de trenzar su larga cabellera, Elisa se acercó a uno de los manantiales donde bebió agua tomándola en sus manos, y luego penetró en el bosque sin saber adónde iba.

Pensaba en sus hermanos y en el buen Dios, que seguramente no la abandonaría. El, que hace crecer las frutas silvestres, le hizo descubrir uno de esos árboles, cuyas ramas se doblaban bajo el peso de los frutos. Después de comer algunos de ellos se internó en la parte más espesa de la selva. Allí el silencio era tan profundo que podía percibir el rumor de sus livianos pasos y el leve crujido de cada hoja seca que pisaba. No se veía ni un ave, y ni un solo rayo de sol lograba abrirse paso a través de las ramas largas y tupidas. Los troncos de los árboles se hallaban tan próximos que mirando hacia adelante podía creerse rodeada por una cantidad de rejas formadas por los troncos. Era una soledad como nunca pudo imaginarla.

La noche se hizo más profunda; ni una sola luciérnaga brillaba sobre el musgo. Con la tristeza en el alma Elisa se acostó y no tardó en quedar dormida. Durante el sueño le pareció que las ramas se separaban sobre ella y que el buen Dios, rodeado de pequeños y graciosos angelitos, le dirigía una mirada dulce y penetrante.

Al despertar no sabía si todo había sido sueño o realidad. Prosiguió su camino y encontró una anciana que llevaba una canasta llena de frutas, quien le ofreció una. Elisa le preguntó si no había visto en el bosque once príncipes a caballo.

—No—le contestó la anciana—; pero ayer vi once cisnes con coronas de oro en la cabeza, que nadaban en un lago cercano.

Acompañó a la jovencita hasta una pendiente a cuyo pie serpenteaba un arroyo; las orillas estaban cubiertas por grandes árboles que entrelazaban sus ramas, dejándolas caer pendientes sobre el agua. Elisa se despidió de la anciana y siguió marchando a lo largo del arroyo, hasta el lugar donde éste terminaba en una amplia desembocadura.

Allí se extendía el mar con toda su magnificencia; pero ni una vela, ni un barco hacían pensar que se pudiera ir más lejos. En la orilla encontró bonitas piedras redondeadas por el agua: el vidrio, el hierro, las piedras, todo tomaba la misma forma, aunque el agua fuera más suave que la delicada mano de la jovencita.

—Estos pequeños objetos andan rodando continuamente—se dijo—; por este motivo todo lo que es duro y áspero queda pulido. Yo también seré incansable. Gracias por vuestra lección, olas límpidas y móviles; mi corazón me dice que llegará el día en que me llevaréis al lado de mis hermanos adorados.

Entre la resaca traída por el mar encontró once plumas de cisne, salpicadas por algunas gotas de agua. ¿Era rocío o eran lágrimas? Nadie podía saberlo. Elisa las juntó e hizo un ramito con ellas. Parecía no darse cuenta de la soledad de la orilla, porque el mar con sus eternas variaciones, ofrecía en pocas horas un espectáculo más diverso y atrayente que el de muchos lagos durante un año entero. Cada vez que aparecía una gran nube negra le parecía oír al mar: "Yo también puedo tomar ese aspecto". Entonces el viento agitaba las olas, cubriéndolas de blanca espuma.

Si, en cambio, las nubes eran rojas y el viento suave, el mar se parecía a un pétalo de rosa, a veces tomaba un color verde y, a veces blanco. En medio de la mayor calma, un ligero movimiento repercutía en seguida sobre la orilla y el agua se levantaba dulcemente como el pecho de un niño que duerme.

A la puesta del sol Elisa vio once cisnes salvajes, con coronas de oro en la cabeza, que se acercaban a la costa. Volaban uno detrás de otro, como una larga cinta. Al verlos adelantóse por la costa y se escondió detrás de un matorral. Pronto los cisnes se posaron cerca de ella batiendo sus grandes alas blancas.

En el momento en que el sol desapareció detrás de las aguas, las plumas de ave cayeron y aparecieron once hermosos príncipes: los hermanos de Elisa. Ella dio un grito al reconocerlos y se echó en sus brazos, llamando a cada uno por su nombre. Ellos también se sintieron dichosos de volver a ver a su pequeña hermana, ahora tan grande y tan hermosa;

reían y lloraban al mismo tiempo y pronto comprendieron que todos eran víctimas de la maldad de su madrastra.

—Vamos volando —le explicó el mayor— en figura de cisnes salvajes, mientras el sol brilla en el cielo; pero cuando desaparece recuperamos nuestra forma humana. Por eso a la puesta de sol siempre tenemos que buscar un punto de apoyo bajo nuestros pies, porque si intentáramos continuar volando caeríamos como hombres en el abismo. No vivimos en este lugar, sino al otro lado del mar, en un país tan bello como éste, pero el viaje hasta él es muy largo. Para llegar hasta allí tenemos que atravesar todo el vasto mar, sin que haya una sola isla donde pasar la noche. Una sola roca, estrecha y desolada, en la que apenas podemos estar parados uno al lado del otro, se levanta en medio de las olas. A veces, cuando el mar está crecido, nos mojamos y quedamos cubiertos por el oleaje; sin embargo, agradecemos a Dios por este asilo. Allí pasamos la noche bajo forma humana. Es la única manera de poder ver a nuestra querida patria ya que para poder atravesar este mar tenemos que esperar los dos días más largos del año. No podemos visitar nuestro país natal sino una sola vez al año; permanecemos aquí durante once días y entonces nos elevamos en el aire por encima de la gran selva y desde allí contemplamos el castillo que nos vio nacer y donde vive nuestro padre, las altas torres de la iglesia donde está sepultada nuestra madre. Los árboles y los matorrales nos parecen buenos amigos; los caballos salvajes corren por las praderas como en los tiempos de nuestra infancia y los carboneros cantan todavía las viejas canciones que escuchábamos con tanto placer; en fin ésta es nuestra patria y hacia ella miramos siempre, y aquí acabamos de encontrar a nuestra hermanita. Tenemos todavía dos días para quedarnos; luego tendremos que partir hacia un país magnífico, pero que no es el nuestro. ¿Cómo haremos para llevarte más allá del mar? No tenemos bote ni navío.

—¿Qué puedo hacer para rescataros?, —le preguntó Elisa.

Y pasaron toda la noche discutiendo sobre la forma de efectuar su liberación, entregándose apenas unas horas al sueño.

Elisa despertó al ruido de las alas de los cisnes, que volaban por sobre ella. Sus hermanos transformados de nuevo en aves, se alejaban trazando grandes círculos en el aire. Solamente uno de ellos, el más joven, quedóse junto a ella. Apoyó su cabeza en el regazo de la pobre niña, que acarició sus blancas plumas, y así pasaron todo el día juntos. Al anochecer volvieron los demás, y cuando se hubo puesto el sol tomaron nuevamente su forma natural.

Continuará en el próximo número.



EL NIÑO QUE QUIERE SER MARINERO

H. DIAZ CASANUEVA

Pedro dice que no ha visto nunca el mar
 y que como yo, quiere ser marinero;
 navegar, navegar
 en un buque a vapor o en un lindo velero.
 Tener una gorra azul y también un traje azul
 con diez botones dorados,
 y navegar para el norte y el sur,
 navegar, navegar, sin cuidado.

Sin miedo a los vientos que sonarán en las velas
y azotarán el gran palo mayor:

seré el capitán de los marineros

y gritaré mis órdenes:

—Timonel: ¡Obedece, a babor, a estribor!

Y cuando naveguemos viendo mar y cielo,
me acordaré de la escuela y de tantas otras cosas;
entonces pondré los ojos muy tristes, muy tristes,
y morderé de pena mi gran pipa humosa.

Pero saltaré de gozo, cuando llegue a las Indias
o al Congo Negro, o al país del Nilo,
compraré entonces, dátiles, alfanjes, perlas,
un mono juguetón y un cocodrilo.

Veré tantos hombres y tantos países
que será viejo para mí el mundo entero,
y me sentiré contento, porque quise
navegar, navegar, ser marinero.

Pedro dice que pedirá permiso,
y que me va a acompañar,
y tendré dos amigos:

Pedro y el mar.

En las noches bonitas,
cuando se caiga la luna a las aguas del mar,
entre los dos cantaremos:

navegar, navegar.



EL GALLO Y LA GALLINA

Dijo el gallo a la gallina:

—Ha llegado el tiempo de las nueces: vámonos a la montaña antes de que la ardilla se las lleve todas.

—¡Qué buena idea!— contestó la gallina—. Vamos, nos divertiremos enormemente.

Se fueron juntos a la montaña y se quedaron en ella hasta bien entrada la tarde aprovechando que el día era espléndido. No sé si

comieron demasiado o si se les subieron los humos a la cabeza: el caso es que no quisieron volver andando, y el gallo tuvo que fabricar un carrito con cáscaras de nuez. Cuando ya estuvo a punto, acomodóse en él la gallina y dijo al gallo:

—Tú puedes engancharte y llevarme.

—¡Esa sí que es buena!—replicó él—. Primero me vuelvo andando que dejarme enganchar al carro. No es éste el trato. Hacer de cochero, sentado en el pescante, bueno: pero tirar yo, ¡ni por pienso!

Mientras disputaban así acercóse un pato graznando:

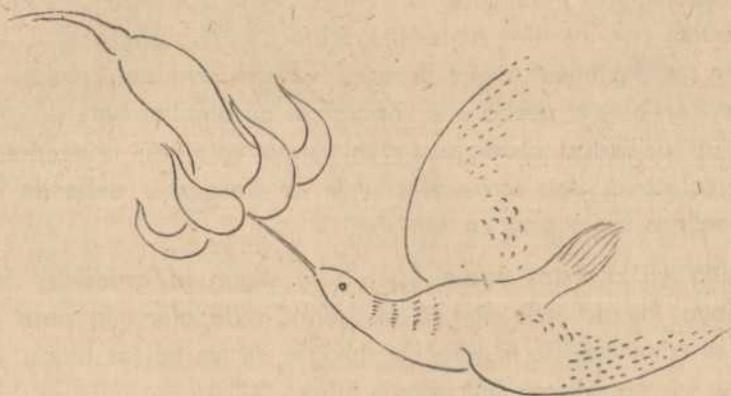
—¡Ladrones! ¿Quién os autorizó a entrar en mi nogueral? ¡Aguardad, que os va a costar caro el banquete!

Y abriendo su enorme pico arremetió contra el gallo. Pero éste tampoco era manco y embistió al pato con todas sus fuerzas, manejando, zis zás, su espolón con tanta destreza, que el pato tuvo que pedir gracia y resignarse, en castigo, a tirar del coche. El gallo se sentó al pescante, haciendo de cochero, y comenzó la carrera:

—¡Arre, pato, arre! ¡Al trote, al trote!

Después de recorrido un gran trecho llegaron el gallo y la gallina a su casa de campo.

Cuento de los Hermanos Grimm (Fragmneto)



LOS CHUPAFLORES

Entre todas las aves americanas es el colibrí el pájaro más pequeño y más bonito, por el brillo metálico de sus plumas, especialmente en la cabeza, el cuello y el pecho, que puede competir con el oro bruñido, las esmeraldas y el rubí. El nombre de chupaflores les viene de la costumbre que tienen de libar el néctar en las corolas abiertas, donde también recogen los pequeños insectos que las visitan. Hace veinticuatro años que observé por primera vez una de estas avecillas recogiendo los insectos que se hallaban atados a las telas de araña en un corredor viejo, abandonado: observaciones posteriores nos permiten asegurar que el colibrí se alimenta en gran parte de insectos diminutos: en el estómago de ejemplares traídos del bosque se ha encontrado gran cantidad de restos entomológicos, como patas, antenas y cabezas de hormigas, alas de mosquitos, élitros de coleópteros pequeños etc., prueba evidente de que los insectos constituyen una parte valiosa en el régimen alimenticio de estas avecitas.

La nota distintiva de los chupaflores consiste en un repetido tí, tí, tí, tí, lo mismo cuando vuela con rapidez que cuando se posa tranquilo sobre las ramitas secas, como si golpeásemos con martillo diminuto sobre un yunque de acero.

El vuelo del colibrí podría compararse con el pensamiento humano, por la rapidez de sus movimientos con que se remonta desde la superficie de las yerbas, hasta la copa de los árboles perdiéndose como el relámpago. Su pico agudo y delicado le permite registrar las corolas sin hacerles daño, mientras con las alas sutiles las abanica y se sostiene en el aire, con tal rapidez de movimientos que parece, en esos instantes, carecer de ellas. Los ojos, el cerebro, el pecho y el corazón están ampliamente desarrollados, debido a su actividad prodigiosa. No forma colonias, ni emprende emigraciones colectivas con otras aves: vive en parejas y defiende el hogar contra enemigos superiores en tamaño.

Anida en diversas épocas del año, según la especie y la región donde habita, de acuerdo con la abundancia de alimento para criar sus pichones; al comienzo de la estación lluviosa en las tierras bajas, y al final del año en las cordilleras húmedas y frías.

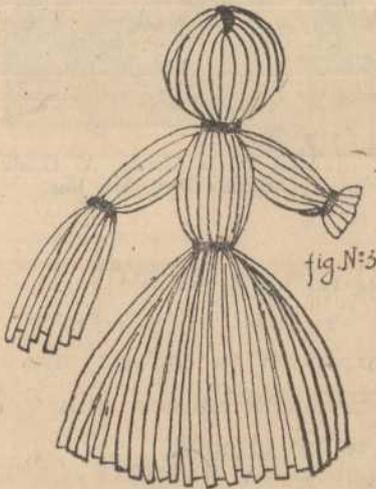
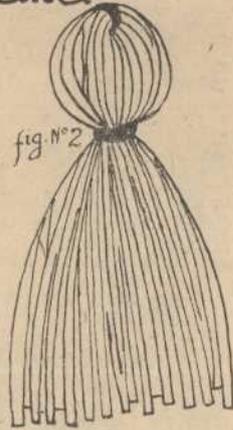
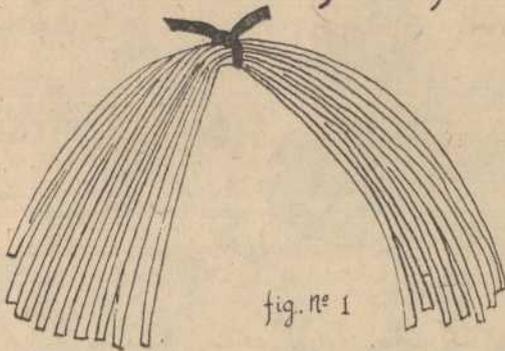
Existe gran variedad en el tamaño y forma de los nidos, fabricados unos con musgos delicados y otros con telas de araña, delgadas fibras, algodón, lana vegetal, y decorados y protegidos por fuera con líquenes; todos con cavidad de media esfera y colocados en horquetas delgadas de los arbustos. Lo más interesante es que estos pajaritos hacen el nido a la medida de su cuerpo: colocados sobre la ramita escogida por ellos, le dan vueltas a las fibras largas que traen, con el pico alrededor del cuerpo, sin usar las patitas, como lo hacen otras aves. Así, sin un milímetro de más ni de menos, resulta el nido abrigado y confortable. Ponen dos huevecitos de color blanco, de uno a dos centímetros de amplitud, según la especie. La madre alimenta sus polluelos en la misma forma que los pelícanos: se para al borde del nido, enarca el cuello, abre el pico y los pichoncitos le extraen el alimento de la garganta, mediante una contracción de buche de la madre hacia arriba; luego vuela con rapidez para traerles nuevo sustento, y así repite esa operación cien veces al día, hasta el cabo de una semana en que sus hijos están emplumados y pueden abandonar el nido.

Los colibríes son pájaros cuando están posados pero semejan mariposas al libar el néctar de las flores.

Son exclusivamente americanos y el mayor número de especies habita en la zona tórrida. En Costa Rica tenemos 36 géneros y más de sesenta formas diferentes; muchas de ellas habitan las costas de ambos mares, pero otras están confinadas a la cumbre de los volcanes, arriba de dos mil metros de altura sobre el nivel del mar.

Anastasio Alfaro

Muñeca de lana



Ensaye a hacer una muñeca con hebras de lana siguiendo los pasos que muestran las figuras 1ª, 2ª, 3ª y 4ª

Colaboración de Ondina Peraza

ADIVINAZAS

1

Te la digo
y no me la entiendes,
te la repito
y no me comprendes.

2

Fui por un caminito
me encontré una dama,
le pregunté su nombre
y me dijo Juana.

3

Salta y salta
y la colita le falta.



Lidia María Chacón, V. Grado
Escuela Perú, San José.

EL TEMPISQUE

El Tempisque es el camino de los botes;
la casa de los ligeros peces;
en las paredes del hermoso río
están las cavernas de los lagartos fieros.

Se asusta una garza cuando se tira al agua
un lagarto que se estaba asoleando;
sale volando. Más adelante
cae una güirrizca que se asusta de la garza blanca.

Vienen los pequeños garbanzos
como soldados vestidos de blanco,
en la cumbre de los viejos árboles
los congos ensayan su canto.

En la orilla del río Tempisque
dos toros furiosos rascan en la arena.
Y hasta el tronco de un gran chilamate
un garrobo feo llega a refugiarse.

Fernando Betancourt, Vº Grado
Escuela Ascensión Esquivel, Liberia.